

LA EUCARISTIA

Salvación de las almas



Meditaciones

Para los peregrinos Ángel de la guarda

41ª perigrinación de Notre-Dame de Chrétienté - 27,28 y 29 de mayo 2023

Sábado 27 de mayo – Vigilia de Pentecostés

Santo Tomás de Aquino y la Eucarista

MEDITACIÓN 1

A modo de enganche

No es casualidad que tradicionalmente Santo Tomás sea representado con una pluma en la mano y un gran sol eucarístico en forma de custodia brillando sobre su pecho. Santo Tomás, gloria de la orden de los Predicadores y príncipe de los teólogos es, en efecto, el Doctor Eucarístico por excelencia. Pasó su vida estudiando el misterio de la Presencia Real del Señor bajo las especies eucarísticas, y su piedad eucarística está presente en cada página de su obra y en cada momento de su vida.



Ideas principales

- Santo Tomás compone el Oficio del Santísimo Sacramento;
- Sólo le asalta una pregunta: ¿Qué es Dios?
- Santo Tomás escribe tanto de Aristóteles como del libro de Job
- Educado por benedictinos, fue seducido por los frailes predicadores y se inscribió en la escuela de San Alberto Magno.
- Modelo de ternura para Jesús Hostia
- Para él, la caridad es amistad con Jesús
- El sacramento de la Eucaristía es signo del amor de Dios y el consuelo de nuestra esperanza

Santo Tomás compone el Oficio del Santísimo Sacramento

Santo Tomás no sólo fue un teólogo admirable de la Eucaristía, sino también un poeta inigualable. Se sabe que el papa Urbano IV, deseoso de recompensar a Santo Tomás por su comentario a los Evangelios basado en citas de los Padres, lo que se conoce como la Cadena de Oro, le ofreció el arzobispado de Nápoles. A esta oferta, se dice que Santo Tomás respondió con otra: instituir una fiesta en honor de Jesús presente en la Hostia.

Urbano IV le pidió entonces que compusiera la misa y todo el oficio. De ahí surgieron esos tesoros que nunca han dejado de inspirar a los compositores de música sacra, y sobre los que la Iglesia cantará, rezará y meditará hasta el fin de los tiempos: *Tantum ergo, Lauda Sion, Ecce panis angelorum, O Salutaris Hostia, Adoro Te...* Si este joven profesor, de apenas 40 años, abrumado por los cursos que impartía a sus hermanos y absorbido por los más difíciles problemas teológicos, fue capaz de componer una obra poética tan admirable en un tiempo récord, en un latín excelente que respetaba todas las reglas de la métrica, es porque escribía desde lo más profundo de su corazón, y porque la Eucaristía era el centro de toda su vida espiritual. Ese mismo año completó la *Suma contra los gentiles* y escribió también el *Comentario al libro de Job*.

Algunas notas biográficas

Santo Tomás nació en 1224 o 1225, en Roccasecca, a 125 km al sureste de Roma. A la

edad de 5 años, sus padres lo ofrecieron como oblatos a la abadía benedictina de Monte Cassino, con la esperanza, sin duda, de que se convirtiera en su abad. De 1230 a 1239, Santo Tomás se formó así en el espíritu benedictino y mostró grandes cualidades intelectuales. Pedro Calo, uno de sus primeros biógrafos, relata que el joven Tomás se puso a buscar al Señor su Dios, preguntando a su maestro con inquietud y frecuencia: "*¿Qué es Dios (Quid est Deus)?*" En 1239, Tomás fue enviado a continuar sus estudios en la Universidad de Nápoles.

Un encuentro decisivo

Fue allí, en Nápoles, donde entró en contacto con los frailes de una nueva orden, fundada unos veinte años antes por Santo Domingo: **la Orden de los Frailes Predicadores, también conocidos como dominicos**. Seducido por este ideal de vida pobre, orientada toda ella a la contemplación y predicación de la verdad divina, Santo Tomás pidió recibir el hábito de la Orden. Esta elección no fue del agrado de sus padres, que trataron de apartarle de su proyecto y llegaron a ponerle bajo "estricto arresto" en el castillo familiar. Incluso metieron en su habitación a una mujer de mala reputación, a la que Santo Tomás ahuyentó con una tea ardiente. Aprovechó este tiempo de retiro forzoso para leer las Sagradas Escrituras. Viendo que no podían doblegar la determinación de su hijo, los miembros de la familia de Aquino dejaron marchar a Santo Tomás, que regresó a París. **Asistió a la escuela de San Alberto Magno**, a quien acompañó a Colonia.

De vuelta a París, Tomás dio los pasos que le llevaron a obtener la maestría en teología en 1256. Desde entonces hasta su muerte en 1274, Tomás escribió, enseñó y predicó, tanto en París como en Roma. Comentó la Sagrada Escritura, a Aristóteles y a los neoplatónicos. Hace preguntas controvertidas sobre los temas más difíciles, que fueron objeto de encarnizados debates en el siglo XIII. Pocos años antes del final de su vida, **emprendió la redacción de la monumental Suma de Teología, que reúne el conjunto la doctrina católica**.

Santo Tomás, hombre de oración

Pero Santo Tomás no era uno de esos intelectuales secos con una piedad teórica. Fue ante todo un hombre religioso, un hombre de oración, entregado a la contemplación. Cuando se enfrentaba a problemas difíciles -y San Pedro y San Pablo no bajaban directamente del cielo para explicárselos, como cuando tuvo que escribir su comentario sobre el profeta Isaías-, **iba a la capilla y metía la cabeza en el tabernáculo para obtener soluciones. Y, a todas luces, Dios se las dio**.

En su convento, todas las mañanas, salvo impedimento por enfermedad, Santo Tomás decía misa, y escuchaba una segunda misa de su secretario y amigo, el hermano Reginaldo. Y así, se sirvieron mutuamente de la misa.

Su biógrafo, Guillermo de Tocco, nos cuenta que en el momento de la elevación del cuerpo de Nuestro Señor, Tomás solía recitar las palabras del *Te Deum*: "*Tú eres el Rey de la gloria, oh Cristo, tú eres el Hijo único del Padre...*" hasta el final, con gran devoción y con lágrimas. **El Doctor Angélico sentía una inmensa ternura por Jesús Sacramentado**. Hay mucha efusividad y alegría en los himnos que compuso en honor del Santísimo Sacramento, y el término "dulzura" es el que más aparece en sus escritos para evocar a Jesús-Hostia.

Sus hermanos, pero también fieles laicos, atestiguaron que el Maestro Tomás, después de la consagración entraba a veces en éxtasis y entonces quedaba como abrumado por el peso de los sufrimientos de Dios hecho hombre, cuya Pasión parecía revivir derramando muchas lágrimas. Tenían que tirar fuertemente de sus ropas para que pudiera continuar los santos misterios y terminar la misa.

¡Nada más que tú, Señor!

En Nápoles, en el convento de Santo Domingo Mayor, recibió del Crucifijo milagroso - que aún hoy se venera- esta hermosa palabra de aprobación: "*Bene scripsisti de me, Thomas*" "*Has escrito bien de mí, Tomás*". ¿Qué quieres como recompensa por tu trabajo?. Conocemos su sencilla y hermosa respuesta: "*¡Nada más que tú, Señor!*"

Santo Tomás vive con Cristo como con un amigo

Cristo lo era todo para él. Y en primer lugar, su Amigo. Aquel que, como brillante continuador de Aristóteles, define la **caridad como amistad entre Dios y el hombre**, explica la presencia real eucarística por la necesidad de que los amigos estén presentes los unos para los otros: Escribe: "*Lo más propio de la amistad es vivir con los amigos..., y por eso Cristo nos prometió su presencia corporal como recompensa...*". Pero, entretanto, no ha querido privarnos de esta presencia durante nuestra peregrinación, sino que, mediante la realidad de su cuerpo y de su sangre, nos une a sí en este sacramento... **Por eso, este sacramento es el signo de la más grande caridad y aliento de nuestra esperanza, por la unión tan familiar de Cristo con nosotros**" (*Suma Teológica, Tomo III, cuestión 75, artículo 1*).

Santo Tomás aspira al cielo

Pero llega un momento en que la presencia real pero velada del Amigo ya no fue suficiente para Tomás. Porque sólo aumenta su deseo. El velo debe rasgarse, debe ver a Jesús cara a cara, debe satisfacerse con la visión de su gloria. Santo Tomás no aguanta más. Tras el famoso éxtasis del 6 de diciembre de 1273, ocurrido mientras celebraba misa, comprendió que su peregrinación llegaba a su fin y que su obra había terminado. En Fossanova, sus últimas palabras fueron para el Santísimo Sacramento: "*Te recibo, oh salvación de mi alma, te recibo, viático de mi viaje. Es por amor a ti por lo que he estudiado, por lo que he pasado noches en vela, por lo que me he agotado. Es a ti a quien he predicado y enseñado. Nunca he dicho una palabra contra ti. Tampoco me aferro obstinadamente a mi propio sentido; pero si alguna vez me he expresado mal acerca de este sacramento, me someto al juicio de la santa Iglesia Romana, en cuya obediencia muero.*"

Oh gran Santo Tomás, doctor y canónigo de la divina Eucaristía, enséñanos "*a venerar el modo inefable de la presencia divina en este sacramento visible; a alabar el poder de Dios que, en un solo sacramento, obra tantas maravillas; y a dar gracias por un beneficio tan saludable y tan dulce*".



Bibliografía

- Gilbert Keith Chesterton, *Saint Thomas du créateur*, Éd. DMM, 2011.
- Jean-Pierre Torrell, *Saint Thomas en plus simple*, Éd. du Cerf, 2019.
- R.P. Raphaël Sineux O.P., *Initiation à la Théologie de Saint Thomas*, Éd. Pierre Tequi.

Cita 1 – Santo Tomás y la Eucaristía

Dios todopoderoso y eterno, me acerco al sacramento de tu Hijo único. Señor nuestro Jesucristo, como un enfermo al médico que ha de darle la vida, corro a la fuente de la misericordia; ciego, acudo a la luz de la eternidad; pobre y falto de todo, me presento al soberano Señor del cielo y de la tierra. Ruego a tu gran generosidad que cures mis dolencias, limpies mis impurezas, ilumines mis tinieblas, enriquezcas mi miseria, vistas mi desnudez.

Dulcísimo Señor, concédeme recibir el cuerpo de tu único Hijo, nacido de la Virgen,

con tal fervor que me una plenamente a Él y me cuente entre los miembros de su Cuerpo místico.

Santo Tomás de Aquino

Aunque la Pasión y la muerte de Cristo no necesitan repetirse, la "virtud" de esta hostia, ofrecida una vez, permanece para siempre.

Santo Tomás de Aquino, IIIa, Q. 22, a.5

No te preguntes si es verdad, sino acepta con fe las palabras del Señor, porque Él, que es la Verdad, no miente.

Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica III, 75, 1

Un milagro eucarístico no tiene que ver con el pan, sino con la forma que adopta Cristo. Si el pan consagrado se conserva mil años, si sube solo, si sangra, ¡no se encontrará solución en el estudio de la harina! Porque todo esto tiene su origen en Cristo, que manifiesta su presencia a través de "formas" y "accidentes".

Suma Teológica, III Qu.76 y 77

Todavía hay quienes pretenden que la doctrina de la transustanciación, que se basa en una noción filosófica superada (la noción de sustancia), debe ser corregida, de modo que la presencia real en la Sagrada Eucaristía se reduzca a un cierto simbolismo, en el sentido de que las especies consagradas son sólo los signos efectivos de la presencia espiritual de Cristo y de su íntima unión con los miembros fieles en el Cuerpo Místico.

Encíclica Humani generis, Papa Pío XII

Nadie puede infravalorar el Misterio puesto en nuestras manos: es demasiado grande para que alguien se permita tratarlo a su antojo, sin respetar ni su carácter sagrado ni su dimensión universal.

Encíclica Ecclesia de Eucharistia de San Juan Pablo II

¡La asombrosa dignidad de los sacerdotes! En sus manos, como en el seno de la Virgen, se encarna el Hijo de Dios.

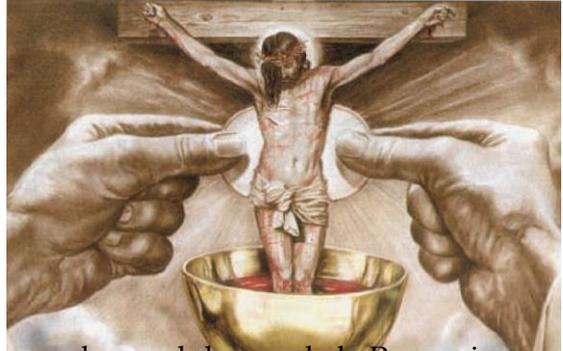
San Agustín

El dogma de la Presencia Real: la Transubstanciación

MEDITACIÓN 2

Amodo de enganche

Querido peregrino, el tema de la peregrinación de este año es: "La Eucaristía, salvación de las almas." Pero para que la Eucaristía sea realmente nuestra salvación, y nuestro alimento, debemos comprender de que estamos hablando: y ahí radica la dificultad. Porque la Eucaristía es un gran misterio, el "*misterio de fe*" (*mysterium fidei*), como decimos en las palabras de la consagración. Mis ojos ven la apariencia del pan, pero mi fe me dice que es el cuerpo de Cristo.



¡Es difícil! Tan difícil que a veces algunos prefieren rechazar el dogma de la Presencia Real y reducir la Eucaristía a un mero símbolo: y entonces nos alejamos de la fe. Afortunadamente, la Iglesia ha meditado durante mucho tiempo sobre este misterio y, siguiendo a los grandes teólogos, nos explica parte de él, con palabras reveladoras, como la palabra "Transubstanciación", por ejemplo. Para vivir la Eucaristía, debemos tener fe en lo que nos dice la Iglesia, y **prestar mucha atención a las palabras que utiliza, sin modificarlas**: éste es el objetivo de esta meditación. Grabemos todo esto en nuestro corazón para meditarlo mejor a lo largo de nuestro camino a Chartres.

Ideas principales

- Presencia de Dios en el Antiguo Testamento
- Jesús anuncia el modo de presencia tras su muerte
- La Iglesia aclara el misterio de la Misa
- Los protestantes se alejan de la verdadera presencia de Dios
- Algunas nociones para comprender mejor este gran misterio
- Cómo está presente Dios en la Eucaristía
- La transubstanciación revela el amor infinito de Dios

Presencia de Dios en el Antiguo Testamento

El gran proyecto de Dios es de amor: creó a los hombres y a los ángeles para invitarlos a una **comunión de amistad con Él**.

Ya en el paraíso terrenal, Dios "*se paseaba por el jardín al aire del día*" (Génesis 3:8) **llamando al hombre a su comunión**. Pero el hombre quiso ser autosuficiente, hurtar el bien divino en lugar de recibirlo. Quería conocer el bien y el mal, comer de ese fruto mortal que le privaba del fruto de la verdad y de la vida, el **fruto de la amistad con Dios**.

Tras el pecado original, Dios no ha dejado de ofrecer su presencia al hombre caído: en la **escucha de su palabra**, en las **oraciones y sacrificios de comunión**, y sobre todo en torno al **Templo de Jerusalén**, lugar de la presencia del Señor, al que Dios hizo esta promesa: "*Si andáis según... mis mandamientos, entonces... habitaré entre vosotros*" (1 Reyes 6, 12-13)

Presencia de Dios en el Nuevo Testamento

Pero aquel Templo era demasiado pequeño, y el corazón humano demasiado infiel para la verdadera adoración en espíritu y verdad (Juan 4,23). Por eso, el Padre envía a su Hijo en carne para ofrecer un sacrificio que compense todos nuestros pecados, y para **convertirse él mismo en nuestro alimento de vida eterna**: para estar presente con nosotros, Dios se nos da a través de la Eucaristía. **Jesús anuncia este don en la multiplicación de los panes**: "*Yo soy el pan vivo que descendió del cielo... el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida*

del mundo... no es como el pan que comieron vuestros padres y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre" (Juan 6, 51-58). **Jesús realiza este don instituyendo la Eucaristía y el sacramento del Orden** el Jueves Santo en la Última Cena. Las palabras: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*, realizan, es decir hacen real la presencia del Cuerpo y de la Sangre de Jesús bajo las apariencias del pan y del vino. Esta vez, el amor del Señor queda plenamente satisfecho: puede permanecer con nosotros "hasta el fin de los tiempos" (Mateo 28-20), oculto bajo las apariencias del pan y del vino que se llaman **especies sacramentales**, pero visible a los ojos de la fe amorosa.

Esto es también lo que nos dice San Pablo: "*Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del Cuerpo y de la Sangre del Señor*". (Colosenses 11, 27). Como vemos, no se trata de una presencia meramente simbólica: **es verdaderamente el cuerpo y la sangre del Señor**, y en la Iglesia todos reconocen esta presencia como real desde hace muchos siglos. Como ya explicaron los Padres de la Iglesia, el Señor no dijo: 'Esto es el símbolo (*symbolon*) de mi cuerpo y esto es el símbolo de mi sangre...!', 'para que no os imaginéis que lo que aparece es una mera figura'.

La Iglesia aclara el misterio de la Misa

En el siglo XI se produjo la primera gran negación de la presencia real con Berenger de Tours († 1088), que redujo la Eucaristía a un puro símbolo. Pero su herejía llevó a los teólogos a aclarar cómo puede permanecer **la apariencia** del pan y del vino, mientras que **la sustancia** del pan y del vino es cambiada, convertida **en la sustancia del Cuerpo y de la Sangre del Señor**. Esta distinción entre "**apariciencias**" (también llamadas accidentes) y "**sustancia**" es fundamental. Pongamos un ejemplo concreto: si a un niño se le enseña un árbol por primera vez, preguntará: **¿qué es?** Si le decimos que es grande, alto, verde y frondoso..., no se dará por satisfecho: su inteligencia quiere ir más allá: habrá que decirle que **es un árbol**. Hay, pues, dos niveles de profundidad en la realidad: el primero, más superficial, es el nivel de los accidentes o apariencias sensibles (es grande o pequeño, duro o blando, verde o rojo...), y el nivel más profundo de las sustancias, es decir: lo que la cosa es. Por ejemplo: es pan, es agua, es un árbol... Pues bien, lo prodigioso en la Eucaristía, y éste es un caso único, es que, por poder divino, a las palabras del sacerdote pronunciando las palabras de Cristo en la Última Cena, **la sustancia** del pan se convierte en la del Cuerpo de Cristo, pero **la apariencia** del pan permanece inalterada. La hostia aparece como pan, pero ya no es pan, es el Cuerpo de Cristo; la sustancia cambia, la apariencia permanece. Para expresar esta conversión, se utiliza una palabra especial, la palabra "**transubstanciación**"; un término que rápidamente será adoptado por el magisterio de la Iglesia a principios del siglo XIII, y luego explicado en la magnífica síntesis de Santo Tomás de Aquino a mediados del siglo XIII.

Los protestantes se alejan de la verdadera presencia de Dios

Pero en el siglo XVI se produjo la crisis protestante, con **el rechazo de la noción de transubstanciación** por todos los reformadores: Lutero en Alemania, Zwinglio en Suiza, Calvino en Ginebra y de ahí a Francia. El Concilio de Trento, en su 13ª sesión (en 1551), definió entonces solemnemente que todo Cristo (cuerpo, sangre, alma y divinidad) está contenido "*verdadera, real y sustancialmente en la Eucaristía*", y "*no meramente como en un signo, o una figura, o de forma virtual*" (Canon 1, DS 1651). Y el mismo concilio dirá que la palabra "transubstanciación" es "*muy apta*" (*aptissimo*) para designar este misterio. (Canon 2, DS 1652) En cierto modo, esta palabra está "canonizada" por el Concilio de Trento, y no podemos prescindir de ella para presentar el misterio eucarístico.

A partir de entonces, el magisterio no cesará en reafirmar la transubstanciación, a menudo refiriéndose a Santo Tomás; así San Juan Pablo II en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, concluye así "*Hagamos nuestros los sentimientos de Santo Tomás de Aquino, teólogo por excelencia y al mismo tiempo cantor apasionado de Cristo en la Eucaristía*" (*Ecclesia de Eucharistia* nº62)

Algunos detalles para comprender mejor el misterio

La transubstanciación es un misterio de fe: pero podemos, con Santo Tomás, dar algunas precisiones para comprenderlo mejor.

En primer lugar, la sustancia del pan no se destruye para dejar sitio a la del Cuerpo de Cristo, pues Dios no aniquila nada de lo que hace. La palabra correcta es "conversión"; **la sustancia del pan se "convierte", se convierte en una nueva sustancia, la del Cuerpo de Cristo.** Tal "conversión", tal "paso" no es imposible, pues la omnipotencia divina da a las cosas su existencia misma, y puede modelar esta existencia a su antojo, para lograr la transición de una sustancia a otra.

En segundo lugar, ¿por qué querría Dios que permanecieran los accidentes del pan? Se pueden aducir dos razones. El Señor quiso que su Presencia Real permaneciera oculta bajo las apariencias del pan **para:**

- **Cultivar nuestra fe: ¡Bienaventurados los que creen sin haber visto!**
- Pero también porque quiere hacerse alimento de nuestras almas, y el pan es alimento: "*Tomad, comed, esto es mi cuerpo*" (Mateo 26,26).

Así que sí, se esconde: "*Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas*" (Isaías 45:14) leemos en Isaías; **se esconde, pero al mismo tiempo se entrega** a nosotros, para sostenernos en el camino, y al mismo tiempo para hacernos desear una unión más completa, que llegará un día, al final de nuestro viaje.

¿Cómo está Dios presente en la Eucaristía?

Otra pregunta, un poco compleja pero importante, para arrojar algo de luz sobre el misterio de la Eucaristía. Intentemos preguntarnos, mirando una hostia consagrada: ¿dónde está Jesús? ¿Ha dejado Jesús el Cielo, a su Madre y a los ángeles, para venir a esta hostia? ¿Se ha duplicado Jesús, se ha multiplicado, para estar a la vez en el Cielo y en cada hostia? La respuesta requiere una pequeña distinción. Por una parte, Jesús está siempre presente en el Cielo, desde la Ascensión y para siempre, **según su ser natural**, con su sustancia y los accidentes de su cuerpo, en toda su belleza, con la Virgen María, los ángeles y los santos. Y no debemos imaginar que en el momento de la consagración Cristo "abandona" el cielo para venir al pan y al vino: en realidad, es más bien al revés: son **el pan y el vino los que son "elevados" al Cuerpo de Cristo**, no localmente, sino según su sustancia: la sustancia del pan es como transportada a la sustancia del Cuerpo de Cristo y convertida en Él. Así, Cristo no cambia de lugar, sino que las especies "van" a Él, por así decirlo, sin cambiar ellas mismas de lugar.

Una última aclaración, que puede parecer un poco extraña pero que es muy importante: sí, Cristo está realmente presente en los accidentes **del pan y del vino**, pero no se puede decir que los accidentes del pan y del vino son los accidentes de Cristo. En otras palabras, **Cristo, presente en la hostia, no es redondo, no es blanco, no mide el tamaño de la hostia, etc... Lo que concierne a los accidentes del pan y del vino no afecta al cuerpo de Cristo**, que en el Cielo tiene sus propios accidentes. Una consecuencia importante es que si las especies consagradas se parten en dos, el cuerpo de Cristo no se parte en dos: al contrario, cuando una hostia se parte en muchos fragmentos, el cuerpo de Cristo permanece intacto. Como dice Santo Tomás en *la Lauda Sion*, "*Nulla rei fit scissúra: Signi tantum fit fractura*": sólo se rompe la especie eucarística, pero no se rompe la realidad que significa. (*Lauda Sion, estrofa 20*). De ahí viene la devoción a las santas partículas: la pequeña partícula de hostia consagrada contiene verdaderamente todo el Cuerpo de Cristo, por pequeña que sea. Así pues, la fracción eucarística no hace sino multiplicar, en cada porción, la presencia de Cristo que ya estaba presente allí. **Esto demuestra el valor de la más pequeña partícula eucarística, más preciosa que los copos de oro, según San Cirilo de Jerusalén.** El Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad del Señor están allí, indisolublemente unidos y materialmente presentes.

En cambio, si la alteración de los accidentes del pan es demasiado grande, de modo que

ya no son accidentes del pan (por ejemplo, si la hostia se corrompe totalmente a causa de la humedad, o si la sangre preciosa se mezcla con mucha agua hasta el punto de que todo el conjunto no es más que agua), desaparece su vínculo con la sustancia del Cuerpo de Cristo: cesa la presencia real.

La transubstanciación revela el amor infinito de Dios

La Eucaristía es, por tanto, un misterio de Fe, que se presenta a los ojos del alma creyente; y cuanto más meditemos este hermoso misterio, más daremos gracias por este increíble don que Dios nos hace: "*Es el Señor quien está aquí*", nos dice la fe. Pero el Señor ha venido a veces al rescate de nuestra incredulidad, a través de ciertos milagros eucarísticos, como en *Lanciano* (Italia, siglo VIII), donde la especie de pan se transformó en carne; entonces cesa la presencia real, porque ya no hay especie de pan, y las nuevas sustancias que han aparecido pueden ser analizadas:

En Lanciano, ¡el análisis reveló un músculo cardíaco! **El Señor revela así una imagen de su Corazón, para mostrarnos cuánto nos ama entregándose a nosotros en la Eucaristía.** Depende de nosotros responder a tal regalo con nuestro propio amor.

Terminemos con el Beato **Carlo Acutis**, que iba a Misa todas las noches, sin que sus padres no practicantes lo supieran, y que una vez dijo a su madre: "*La Eucaristía es mi autopista hacia el cielo*". Allí adquirió la paciencia que todos admiraron durante el espantoso sufrimiento por la corta pero devastadora enfermedad que acabó con su vida a los 15 años. Había aprendido a imitar a Jesús en su sacrificio hecho presente en el altar.



Bibliografía

- Paul Claudel, *Positions et propositions*, tome 2, Gallimard, 1934, pp. 50-64, 128-129...
- Santa Faustina, *Petit Journal*, éd. Jules Hovine, Ronchin, 1985, pp. 264, 565-566...
- Cardenal Charles Journet, *La Messe, Présence du sacrifice de la croix*, éd. Desclée de Brouwer, 1957.
- Padre Philippe-Marie Margelidon O.P., *Le Sacrement de l'Eucharistie, Corpus Domini Jesu Christi*, Parole et Silence, 2019.
- Père Aimon-Marie Roguet O.P., *Somme théologique, L'Eucharistie*, Tome 1 (questions 73-78), Édition de la Revue des Jeunes, 1960.
- Cardenal Joseph Ratzinger, *L'Esprit de la liturgie*, éd. Ad Solem, 2001, p. 76.
- Cardenal Journet, *Entretiens sur l'Eucharistie*, Ed. Parole et silence.
- Cardenal Journet, *Le Mystère de l'Eucharistie*, Ed. Tequi.
- Papa Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 2003.

Citas 2 – El dogma de la Presencia Real : La Transubstanciación

En Melquisedec sacerdote, vemos prefigurado el sacramento del sacrificio del Señor según el testimonio de la Escritura: Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino.

San Cipriano, Carta 63

He aquí que yo estaré delante de ti sobre la peña en Horeb. Golpearás la peña, saldrá agua de ella y el pueblo beberá. Y Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel.

Éxodo 17:6

La casa de Israel lo llamó "maná"; y era como semilla de culantro, de color blanco y su sabor como de hojuelas con miel.

Éxodo 16:31

El maná, como la Eucaristía, es una ayuda que sólo Dios da y que el hombre no puede obtener por sí mismo. Se trata, pues, de una gracia sobrenatural. También es un alimento cotidiano, lo que distingue la Eucaristía, sacramento cotidiano, del bautismo, sacramento único. La figura eucarística del maná forma parte, pues, no sólo de la tradición común de la Iglesia, sino de la enseñanza misma de Cristo.

Cardenal Daniélou, Biblia y liturgia, París 1950, pp. 204 y 205.

La presencia real manifestada en la liturgia

MEDITACIÓN 3

A modo de enganche

Querido peregrino, como sabes, Dios es un espíritu puro, y nuestra relación con Él tiene lugar a través de la oración interior, "en espíritu y en verdad". Pero el hombre es cuerpo y alma, y la oración pasa también por el cuerpo; eso es lo que pretende la belleza de la liturgia, ayudarnos, mediante gestos, ritos y movimientos corporales, a captar mejor las cosas invisibles de la fe, y así rezar mejor. En esta meditación, intentaremos comprender cómo la liturgia nos ayuda a vivir mejor este misterio inmenso e invisible que es la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.



Ideas principales

- La importancia de los gestos litúrgicos
- Estos gestos muestran los dos significados de la Misa: Presencia Real y Sacrificio
- Un gesto muy significativo: la elevación
- Algunos ejemplos de gestos de veneración de la Eucaristía en la historia
- La liturgia es un tratado de virtudes y una pedagogía maternal

Los gestos litúrgicos manifiestan la presencia de Dios

Cuando el cristiano entra en una iglesia, realiza determinados gestos: toma unas gotas de agua bendita con el dedo; su mirada se siente entonces atraída no sólo por la belleza del lugar, sino también por la luz roja que brilla junto al sagrario, y reconociendo la Presencia Real de Jesucristo, se arrodilla ante él y hace la señal de la cruz, signo de la redención y de su bautismo.

Estos gestos del cuerpo son de gran importancia. Para el padre o la madre, acompañados de un niño muy pequeño, tienen significado pedagógico, son como una primera iniciación espiritual, quizá una de las más expresivas, a través de la cual el **sentido de Dios** impregnará para siempre el alma del joven cristiano.

A partir de este ejemplo familiar, podemos comprender el objetivo de la liturgia: mediante posturas y gestos, ceremonias y objetos sagrados, la Iglesia busca atraer nuestra atención, sostener o reavivar nuestra fe. Estos gestos externos son también un modo de unirnos unos a otros, y a Dios; y al hacerlo, contribuyen a suscitar en nuestra alma actos interiores, los de las virtudes particularmente ordenadas a Dios: actos de adoración, de acción de gracias, de sacrificio. Así, los gestos del cuerpo sostienen los actos del alma, porque eso somos: cuerpo y alma.

No debemos olvidar que la Iglesia es la casa de Dios: en una iglesia no hablamos alto, no corremos, asistimos a los oficios con ropa decente, no nos besamos (sólo un gesto discreto para marcar un saludo), no cruzamos las piernas como en un salón, ...

Y la cumbre de la liturgia es, por supuesto, el sacramento de la Eucaristía: pues **la liturgia es "el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo, en la que se significa... y realiza la santificación del hombre.... y en el que el culto público pleno es ejercido por el Cuerpo místico de**

Jesucristo, es decir, por la Cabeza y por sus miembros" (Constitución Sacrosanctum concilium del Concilio Vaticano II, n°7): y de todos los sacramentos que realizan esta santificación y culto, el más elevado es la Eucaristía. Por eso la Misa es, por excelencia, un "bosque de símbolos" (Abbé Barthe, *La Messe, une forêt de symboles*, ed. Via Romana, 2011), una liturgia tan rica en signos y gestos para apoyar nuestra fe en la Presencia Real.

La liturgia refleja la Presencia Real y el Sacrificio de Cristo

En primer lugar, debemos recordar que la Misa es un verdadero sacrificio, a través del cual se nos aplican los méritos del sacrificio de la Cruz. Si Jesucristo se hace presente cuando el sacerdote, actuando *in persona Christi* (en la misma persona de Cristo), transforma la sustancia del pan en la sustancia de su Cuerpo, y del mismo modo el vino en su Sangre, es para darse a sí mismo como alimento, pero también para ofrecerse a Dios su Padre, como sacrificio para Gloria suya y nuestra salvación. Así, todos los gestos están destinados a expresar estas dos dimensiones de la Misa, inseparables entre sí: **la Presencia Real, por una parte, y el Sacrificio, por otra.**

El gesto de la Elevación

Uno de los momentos más claros a este respecto es **la elevación** que sigue inmediatamente a la consagración. El Misal Romano indica que después de pronunciar las palabras de la consagración, "*el celebrante adora haciendo genuflexión...*". Luego, *levantándose, eleva la Hostia lo más alto que puede y, con los ojos fijos en ella, la sostiene reverentemente para que el pueblo la adore*". (Ritus servandus in celebratione missæ). En ese momento, la adoración del sacerdote se manifiesta con la genuflexión, y continúa en la reverencia con la que eleva la Hostia, gesto que suscita la adoración de los fieles. Está claro lo que se pretende: cuanto mayor sean los gestos del sacerdote signos de adoración y reverencia, más dispondrá a los fieles a las mismas virtudes: el tintineo de la campana en ese momento, la mano del diácono o acólito que levanta la parte inferior de la casulla para que no le impida el movimiento, etc.

Esta reverencia que se quiere expresar en la elevación va más allá que de un acto de respeto; **es también participación en la reverencia de Jesucristo ofreciéndose a sí mismo en su Pasión (*)** Así, aunque la elevación de la hostia tiene como finalidad primordial la adoración de los fieles ante **la Presencia Real**, también significa **la elevación del Salvador en la Cruz ofreciéndose en sacrificio perfecto a Dios, su Padre**. Así, los dos aspectos de la Misa, Presencia Real y Sacrificio, se muestran en un solo gesto: y para los fieles, **la invitación a la adoración va unida a una apremiante llamada al ofrecimiento de sí mismos**.

(*) Esta reverencia de Cristo está expresada en la epístola a los Hebreos: "*En los días de su carne, cuando elevaba oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía preservarle de la muerte, fue escuchado a causa de su reverencia*" (Hb 5,7).

Así lo expresa la magnífica oración de San Francisco de Asís, que inspiró la conocida canción: "*Mira la humanidad de Dios*": "*Tiemble el hombre entero, que se estremezca el mundo entero, y que el cielo exulte, cuando sobre el altar, en las manos del sacerdote, está Cristo, el Hijo del Dios vivo! ¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh humildad sublime! ¡Oh sublimidad humilde, pues el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, de tal manera se humilla, que por nuestra salvación se esconde bajo una pequeña forma de pan! Ved, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante él vuestros corazones; humillaos también vosotros para que seáis ensalzados por Él. Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros, a fin de que os reciba todo enteros el que se os ofrece todo entero*" (San Francisco de Asís, carta a toda la Orden, (26-27).

Elementos de la historia del culto eucarístico

Así, a lo largo de la historia, la Iglesia ha procurado, mediante nuevos gestos, infundir mejor en el corazón de los fieles el respeto que deben tener por este don extraordinario que Cristo les había legado: la Eucaristía.

Ya en su carta a los Corintios, San Pablo describe el cuidado que debe tenerse en la celebración de la Eucaristía (*I Corintios 11, 17-34*):

1. Recordando la separación entre celebraciones litúrgicas y comidas profanas;
2. Exhortando a la dignidad de los fieles tanto externa como internamente;
3. Dando instrucciones de que nadie entre borracho;
4. Pero, sobre todo, exigiendo que no comulguen los que no estén en estado de gracia;
5. Y finalmente, afirmando la importancia de observar precisamente el rito de la consagración que da cuenta de la institución de la Eucaristía: "Lo que os he transmitido, yo mismo lo aprendí del Señor".

Con el paso de los siglos, con asistencia del Espíritu Santo, las reglas del culto eucarístico se desarrollaron y se hicieron más precisas, bien para conducir a una mayor comprensión de la grandeza de la Eucaristía, bien para combatir las herejías. Así se impuso en la Iglesia latina el antiguo rito de la comunión en la boca: con este gesto se manifiesta mejor la adoración y el respeto que deben rodear la sagrada hostia.

En el siglo XII, apareció el rito de la elevación, como respuesta litúrgica a la herejía de Berengario de Tours, que enseñaba que la hostia consagrada no era más que la presencia simbólica de Cristo. Este rito se impuso a finales del siglo XII, a raíz de la petición hecha por Eudes de Sully, obispo de París, a sus sacerdotes, para que el Cuerpo de Cristo pudiera ser visto por todos: "*ut possit ab omnibus videri*".

Algunos decenios más tarde, se instituyó la fiesta del Santísimo Sacramento; las apariciones de Nuestro Señor a Santa Juliana de Mont-Cornillon habrían sido el detonante providencial.

Al mismo tiempo, se desarrolló la teología eucarística y se tomó conciencia de que el Señor estaba presente no sólo en la hostia, sino también en cada partícula o gota, por pequeña que fuera: de ahí el especial cuidado que pone el sacerdote en **purificar los vasos sagrados** y en **mantener los dedos juntos desde la consagración hasta las abluciones**, para no dejar escapar ni una sola partícula de la hostia.

Cuando el Concilio de Trento discutió la cuestión de conservar o no las Sagradas Hostias fuera de la Misa, se impuso la fuerza de la Tradición (*Concilio de Trento, 13ª sesión, 1551*) contra la herejía protestante: inicialmente reservada para la comunión de los enfermos, esta costumbre favoreció el desarrollo del culto eucarístico, la adoración del Santísimo Sacramento y las procesiones populares.

Hay otros muchos gestos en los que se manifiesta el respeto de los hombres hacia este don de Dios, la Eucaristía. ¿Sabes, por ejemplo, cómo se limpian los paños sagrados (purificador, corporal) que pueden contener aún partículas de la hostia? Antes de lavarlas, un clérigo que sea al menos subdiácono, las introduce en tres barreños diferentes de agua, para diluir las partículas sagradas, y luego esta agua se arroja en tierra. Por último, quizá uno de los gestos más llamativos de nuestra liturgia es el que tiene lugar cuando, por desgracia, una hostia cae al suelo. En ese momento, todo se detiene: el sacerdote y sólo él, recoge la hostia con respeto, luego se trae un purificador, un poco de agua, y el sacerdote se arrodilla para limpiar el lugar donde cayó la hostia. Así, a través de los gestos, un accidente eucarístico da lugar a un mayor amor a la Eucaristía.

En este rápido repaso histórico, como no detenernos un momento en San Tarsicio. Este joven cristiano, que murió mártir a los 12 años bajo el emperador Valeriano, conservó ileso el Santísimo Sacramento mientras sus antiguos camaradas se burlaban de él y lo golpeaban repetidamente. Honrando la santidad de las Hostias destinadas a los prisioneros, se unió, con el don de su vida, a Jesucristo y a su sacrificio. San Tarsicio es el patrono de los monaguillos, cuya función es tan importante para la dignidad y la belleza del culto: su silencio, su seriedad, su diligencia en los gestos a realizar sirven de ayuda para llevar a los fieles a la oración y al culto.

La liturgia nos enseña las virtudes

Así, la liturgia tradicional pone en práctica y manifiesta en grado supremo el amor y la veneración a Jesús en la Eucaristía. Lo hace a través de la precisión y riqueza de sus ceremonias, que son como un "tratado de virtudes": el recogimiento, la adoración, la devoción, la piedad, la humildad, la acción de gracias, todo ello se despierta en nuestra alma mediante concretos gestos de la liturgia, hasta en los más pequeños detalles. Por ejemplo, la preferencia de la Iglesia por que el altar **esté adornado con flores cortadas e iluminado con velas de cera**, expresa bien el don sin retorno hecho a Dios que es el **sacrificio: las flores se ofrecen, las velas se consumen mientras arden, a imagen del don de sí mismo** que puede ser, mediante el sacramento del Orden o la consagración religiosa, ese sacrificio total que se llama holocausto.

Conclusión: la pedagogía maternal de la Iglesia

La liturgia, a través de estos gestos, manifiesta también la pedagogía maternal de la Iglesia: en primer lugar, porque el hombre es cuerpo y alma, y los sentidos son el primer modo de conocimiento; pero también porque Dios quiere que todos se salven: sean entendidos o ignorantes, sean niños pequeños o adultos. Estos signos, cuyo significado se aprende desde la infancia, son la mejor lección de catecismo que existe: hablan por sí mismos y nos enseñan la grandeza de Dios, la profundidad del misterio de su Presencia, el sentido del sacrificio.

Todo el mundo puede encontrar en ella alimento: para algunos las palabras del *confiteor*, para otros simplemente arrodillarse y golpearse el pecho tres veces; pero todos se reconocerán pecadores. Para unos, la elaborada retórica de las colectas de la Misa; para otros, el resplandeciente esplendor de los ornamentos del sacerdote y del altar: pero todos se abrirán a "la profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios" (*Romanos 11, 33*), a la belleza del cielo en la liturgia. Conocemos la anécdota del Cura de Ars, buscando un adorno en una tienda: "*No es suficientemente bello, nada es demasiado bello para el Buen Dios*"; y añadía al volver a casa, a sus feligreses maravillados ante los objetos de culto: "*¡Qué bellos son! Pero en el cielo, todo es aún más hermoso*".



Bibliografía

- *La sainte liturgie*, un moine bénédictin, Éd. sainte Madeleine.
- *Découvrir la messe*, un moine bénédictin, Éd. sainte Madeleine.
- Abbé Claude Barthe, *La Messe, une forêt de symboles*, Via Romana.
- Dom Chalufour, *La Sainte Messe, hier, aujourd'hui et demain*, Éd. Petrus a Stella.
- Abbé Guillaume de Tanoüarn, *Méditations sur la messe*, Via Romana.

Citas 3 – La presencia real manifestada en la liturgia

Jesucristo está presente en la Eucaristía de un modo único e incomparable. Está presente de modo verdadero, real y sustancial: con su Cuerpo y su Sangre, con su Alma y su Divinidad. *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 282

Entonces Él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad allí.
Evangelio de San Lucas (22,12)

Me impresiona la grandeza de las ceremonias de la Iglesia.
Santa Teresa de Ávila citada por Dom Gérard

Este Sacrificio va acompañado de ceremonias imponentes y majestuosas. Y no sólo no hay ninguna de ellas que pueda considerarse inútil o superflua, sino que todas tienen por objeto hacer resplandecer más la majestad de tan gran Sacrificio, y llevar a los fieles, por esos signos saludables y misteriosos que golpean la vista, a la contemplación de las cosas divinas veladas en el Sacrificio.

Catecismo del Concilio de Trento Cap. 20, 9

Cuando asistas a Misa, no veas al sacerdote, sino a Jesucristo, cuya mano está invisiblemente extendida sobre el pan y el vino.

San Juan Crisóstomo, Sobre la Santa y Divina Liturgia

Atrévete con todas tus fuerzas a dar a Cristo todo el respeto de que seas capaz.

Santo Tomás de Aquino en la secuencia Lauda Sion de la Misa del Corpus Christi

Los cristianos sólo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque en él sabemos y creemos que está presente el único Dios verdadero, que creó el mundo y lo amó tanto que le entregó a su Hijo único.

Benedicto XVI, Homilía para el Corpus Christi 2008

Otro ángel vino entonces y se paró ante al altar con un incensario de oro. Y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que está delante del trono.

Apocalipsis 8:3-4